

## TEXTOS Y GLOSAS

### Una obra sobre la espiritualidad agustiniana

En la serie *Pubblicazioni Agostiniane*, que lleva a cabo la Curia General de la Orden de san Agustín, ha aparecido hace poco un nuevo volumen que lleva como título *En camino hacia Dios. Notas para una espiritualidad agustiniana*, coordinado por Miguel Ángel Keller. El libro sale a la luz en el marco de una serie de efemérides vividas por la Orden, como son los 1.650 años del nacimiento de san Agustín (2004) y los 750 años de la denominada “Gran Unión” del 1.256, que marcó el inicio de la Orden como tal (2006), en medio de los cuales se colocan también los 700 años de la muerte de San Nicolás de Tolentino, su primer santo canonizado, y los 450 años de la muerte de Santo Tomás de Villanueva, figura señera de la Orden y, también, de la España del s. XVI. Además de la carta de presentación del Prior General, la obra la componen 19 artículos, firmados por 17 autores individuales y otro colectivo, todos ellos de la Orden de san Agustín, de diversas nacionalidades.

Los artículos se disponen en tres secciones. La primera quiere ofrecer una «visión global», a la que sirven tres artículos. La segunda, dedicada a «algunos temas centrales», contiene ocho artículos. La tercera y última, que lleva por título «espiritualidad y vida», consta de otros ocho.

A continuación, siguiendo el orden de las secciones, voy a hacer un repaso a todos y cada uno de los artículos, presentando brevemente su contenido y una valoración del mismo. Al final, ofreceré una valoración de conjunto.

#### I. VISIÓN GLOBAL

Esta «visión global» la ofrecen los artículos de T. J. van Bavel, N. Cipriani y P. de Luis Vizcaíno. La colaboración de T. van Bavel versa sobre «La herencia espiritual de san Agustín». Esta aportación comienza indicando brevemente qué ha de entenderse por espiritualidad y concluye, como

anexo, con un esquema para un curso de espiritualidad agustiniana. En medio presenta algunos elementos importantes de la herencia espiritual del obispo de Hipona, a saber: el primado del amor, la plenitud de Cristo (el *Christus totus*), la amistad y la vida comunitaria, la regla de san Agustín, la contemplación y la acción. De cada uno de ellos señala, en diferentes apartados, los aspectos más significativos. Se trata de temas a los que el autor ha dedicado previamente mucho tiempo de estudio y de reflexión, del que es fruto una importante producción literaria. Los puntos de vista defendidos en varios de sus escritos son los que aparecen aquí, presentados de forma sintética, sencilla y clara.

N. Cipriani ofrece unas «notas sobre la doctrina espiritual de san Agustín». Si se considera la brevedad con que necesariamente se ve obligado a tratar cada tema, cabe ciertamente hablar de «notas», pero, si se mira al conjunto, se trata de algo más que de notas. La realidad es que presenta, en un todo bien trabado, lo que podemos llamar la historia religiosa del hombre agustiniano. Su propósito es ofrecer al lector la doctrina agustiniana de la vida espiritual y del camino de perfección; con vistas a ese objetivo presenta antes el origen de todo, el plan eterno de Dios, y luego los presupuestos antropológicos y teológicos. Por lo que se refiere a los primeros, contempla la naturaleza humana en sus cuatro relaciones: con Dios (*fecisti nos ad te*), con los demás, con su cuerpo y con el mundo. Los presupuestos teológicos se resumen en el encuentro de Dios con el hombre en la historia. Un encuentro marcado por las consecuencias del pecado de Adán, que dañó pero no destruyó la imagen de Dios en el hombre, ni los deseos que tienen en ella su raíz. La obra salvífica que Dios comenzó ya en el Antiguo Testamento, la llevó a cabo en el Nuevo merced a la función mediadora de Cristo, central ya en el divino proyecto eterno, que reconcilia al hombre con Dios. Obra de la que es inseparable el don del Espíritu Santo, a su vez inseparable de la Iglesia a la que vivifica y en la que se realiza el designio divino de reunir a los hombres en Cristo. Unificación ya iniciada pero cuya plenitud, a la que tiende, es escatológica. Sólo ahora puede entrar ya en el examen de la vida cristiana, que consiste en secundar la obra santificadora de Dios, cuyo fruto será el pasar del hombre carnal al espiritual. El autor refiere los diversos itinerarios que, en distintos momentos de su vida, presentó san Agustín, exponiendo sólo uno: el que se funda en la combinación de las bienaventuranzas con los dones del Espíritu del que ofrece los distintos grados.

El artículo, riguroso, está escrito con sobriedad y precisión; sin más referencias que a obras agustinianas en citas textuales.

A la exposición general de la doctrina espiritual de san Agustín sigue la presentación de la espiritualidad de la Regla monástica del santo. El tema corre a cargo de P. de Luis Vizcaíno. En unas consideraciones previas señala que su clave interpretativa será mostrar el paralelismo entre el texto monástico y la experiencia religiosa de san Agustín tal como la narra en sus *Confesiones*; que es preciso tener en cuenta la naturaleza del escrito; y que, para descubrir su espiritualidad, es obligado acercarse a ella como un conjunto armónico y equilibrado, sin privilegiar unas partes sobre otras. En un segundo apartado ofrece la estructura básica de la Regla en tres secciones, que analiza por separado en el tercero. La primera sección corresponde al capítulo primero y lleva por título: *Una constatación, o la perfecta adecuación entre Dios y el hombre*: el religioso busca a Dios porque, aunque ya lo ha encontrado, desea una posesión más plena de él; búsqueda que tiene lugar en comunidad, según el modelo histórico de la comunidad primitiva de Jerusalén, pero con la mirada en otros modelos: el trinitario y el escatológico. La segunda sección, que corresponde a los capítulos del dos al siete y lleva por título: *Los preceptos, o la necesaria aportación humana*, está concebida como una ascética del deseo de verdad y de belleza (cf. cap. segundo), del deseo de salud y de vida (cf. cap. tercero y cuarto), y del deseo de libertad (cf. cap. quinto, sexto y séptimo), guiada por estos principios: totalidad, prevención, reorientación y diversificación. La tercera sección lleva por título: *La súplica, o la imprescindible asistencia divina* y corresponde al primer párrafo del capítulo octavo. En él la mística corona, en clave pneumatológica y cristológica, la ascética de los capítulos anteriores. En el apartado cuarto, el conclusivo, la Regla es contemplada como un espejo a la medida del religioso.

## II. ALGUNOS TEMAS CENTRALES

Esos temas guardan relación con la búsqueda de Dios, con la Trinidad, con Jesucristo, con el Espíritu Santo, con la Iglesia, con la Escritura y con el mundo. Al referirse a temas centrales de la fe cristiana, difícilmente podían ser ajenos a una espiritualidad de tan amplios horizontes como la agustiniana. Veamos cada uno de ellos.

El tema de *La búsqueda de Dios en la espiritualidad agustiniana* lo desarrolla L. Mooney. De entrada presenta las distintas etapas de la búsqueda de Dios por san Agustín hasta la conversión. En pasos sucesivos va mostrando

que su búsqueda de Dios fue al mismo tiempo una búsqueda de su propio yo perdido; que esa búsqueda no acabó con la conversión sino que duró toda su vida; que el santo alienta y enseña cómo buscar a Dios (en la creación, en la Escritura y dentro de cada uno); que a Dios se le busca juntos, y en la amistad; por último, se pone en la situación de la meta alcanzada.

El desarrollo no me satisface ni en el fondo ni en la forma. En cuanto al fondo creo que el tema da mucho más de sí: definir con precisión en qué consiste la búsqueda, los diferentes puntos posibles de partida y, consecuentemente, los diferentes niveles de búsqueda; o exponer más detenidamente por qué se busca a Dios desde una perspectiva tanto subjetiva como objetiva; o no limitarse a afirmar el hecho, por ejemplo, de la búsqueda en común, sin indicar formas posibles, etc. Me deja la impresión de no tener las ideas claras lo que luego tiene su reflejo en el modo de exposición. Leyendo el artículo uno tiene la sensación de moverse en medio de tópicos tradicionales. Como puntos concretos, entre otros, no me parece que haya acertado a combinar adecuadamente la búsqueda de uno mismo y la de Dios, ni a exponer qué significa la búsqueda de Dios en el propio interior. Aunque queda la duda de si la traducción es exacta, aquí como en otros puntos, no es posible asentir a una afirmación como esta: «la búsqueda de Dios es llevar a cabo nuestra única verdad» (p. 103). No tiene suficientemente en cuenta la cronología al citar los textos de las *Confesiones*. El tono es marcadamente parenético. Tampoco considero un acierto el haber insertado preguntas rompiendo el curso del texto.

El Dios buscado es el Dios cristiano que existe en una Trinidad de personas. Sobre esa Trinidad versa la reflexión del nigeriano J. Niyiring. El título de su estudio es *Dios como Trinidad. Hacia una espiritualidad trinitaria agustiniana en perspectiva africana*. El estudio consta de tres apartados mayores. En el primero presenta el contexto en que el autor se ubica; en el segundo, la doctrina de la Trinidad como misterio de un solo Dios en tres personas distintas, y en el tercero la espiritualidad que de ella se deriva. El contexto en que se coloca es el africano y, al respecto, indica las causas de la difícil adaptación de los cristianos africanos al misterio trinitario. Situado frente a él, ofrece en primer lugar la problemática trinitaria de San Agustín, con referencia al método económico-inmanente (trascendente), que el santo comparte con otros Padres. En un segundo momento interpreta la declaración agustiniana de la Trinidad, con referencia específica a cada una de las Personas: Dios como Padre, el Hijo como Dios-hombre y el Espíritu Santo. La espiritualidad trinitaria es espiritualidad de comunión. De esta

espiritualidad presenta primero sus bases: no puede enraizarse sólo en el Padre, so pena de caer en un monoteísmo absoluto; ni encerrarse sólo en un modelo cristocéntrico, pues eliminaría del misterio de Cristo los aspectos del Padre y del Espíritu Santo; ni concentrarse únicamente en el Espíritu Santo, lo que llevaría a una emoción intimista y al error montanista. Luego, muy consciente de que es una visión limitada, se detiene en algunos elementos básicos y dinámicos de la misma, a saber, la oración –particularmente la personal–, las misiones trinitarias y el mandato evangelizador, y la unidad de la Iglesia y la solidaridad cristiana. El punto final lo ponen cuatro puntos de reflexión sobre la relación existente entre la búsqueda del Dios Uno y Trino y la adopción de la espiritualidad trinitaria agustiniana en África.

El artículo está bien trabado; la exposición es clara y el lenguaje preciso, indicadores de la claridad de ideas de su autor. La pega que le ponemos es que haya querido mirar sólo al África, dado que sus planteamientos admiten una aplicación más universal.

Presentar el papel de *Jesucristo en la espiritualidad agustiniana* es tarea confiada a S. Sierra Rubio. En su exposición contempla dos momentos, uno histórico y otro doctrinal. La historia le permite mostrar el gran peso que Cristo tuvo en la vida de san Agustín y a san Agustín como un contemplativo de Cristo, dos temas que resume en el epígrafe «Cristo fue su norte». A la doctrina sobre Cristo dedica dos apartados: uno específico sobre el Cristo total y otro, previo, más general. Este más general –introducido con una breve consideración de algunos aspectos de la figura de Cristo que el santo pone de relieve: Cristo camino y patria, Cristo medicina, Cristo ejemplo de todas las virtudes y, sobre todo, de vivencia de las bienaventuranzas– incluye, en sendos apartados, una reflexión más detenida sobre otros aspectos: Cristo imagen del Padre, modelo del hombre; Cristo camino, único mediador; Cristo Verdad, único maestro, y Cristo vida, único redentor. La presentación de la doctrina del Cristo total concluye con algunas implicaciones que de ella se derivan: participación en la santidad de la Cabeza, la solidaridad, el diálogo y la comunicación entre los miembros, en la Iglesia comunión, y vinculación con la Eucaristía.

No se trata de un artículo que haya leído con gusto. Para comenzar, hubiese deseado una introducción menos general y más vinculada al tema específico, como procede en una obra en colaboración. Aunque el esquema básico es asumible, su desarrollo no me ha satisfecho. Muchas de sus páginas dejan la impresión de ser un conjunto de textos sólo hilvanados por el autor; textos demasiado largos a menudo, poco reflexionados y carentes de

contextualización. Es obvio que los textos los elige el autor en función del tema, pero, una vez elegidos, se hace esclavo de ellos. Este procedimiento es el causante de abundantes repeticiones, muchas de ellas evitables. En cuanto a puntos concretos, señalo sólo dos entre otros posibles: al presentar a Cristo verdad, el autor pone excesivo énfasis en la verdad moral; aunque cita un texto que presenta a Cristo como medicina, se echa de menos una presentación de Cristo como médico humilde. En algunos momentos el discurso adquiere un tono marcadamente encomiástico.

La obra de Jesucristo la lleva a perfección el Espíritu. El papel de Cristo en la espiritualidad agustiniana, se complementa con el del Espíritu Santo. Es el mismo S. Sierra Rubio el encargado de exponer el tema de *El Espíritu Santo en la espiritualidad agustiniana*. El artículo consta de cinco partes que versan sobre la identidad del Espíritu, la primera; El Espíritu lleva a plenitud la obra de Cristo, la segunda; La Iglesia cuerpo viviente por el Espíritu Santo, la tercera; Los gemidos del Espíritu, la cuarta; Seres espirituales: habitados por el Espíritu, la quinta.

También aquí el esquema básico es asumible, pero en su desarrollo concreto no encuentro claridad. A decir verdad me resulta difícil hallar un hilo conductor desde el que sintetizar cada uno de los apartados. Aspectos que a primera vista caerían dentro de un apartado se encuentran en otro, o en varios. Los temas propios de la espiritualidad pneumatológica agustiniana no faltan, pero no resulta fácil descubrir una ilación entre ellos. Las obras del Espíritu no aparecen jerarquizadas en el sentido de mostrar cómo unas se derivan de otras. Lo que indiqué a propósito del artículo anterior, vale en general también para este: en buena medida, se trata de una serie de textos simplemente hilvanados por el autor, fuera de todo contexto. Algunos de ellos, aún en su fidelidad textual, no resultarán fáciles de entender para quien no conozca ya de antemano de qué van. Considero que falta una referencia al Espíritu en el seno de la Trinidad, fundamento de su actuar histórico salvífico y de la espiritualidad pneumática; me parecen insuficientes las breves indicaciones diseminadas por el texto. Se explota poco la base bíblica en que se apoya el santo.

Del Espíritu a la Iglesia. Paso lógico, sin duda. El tema de *La Iglesia en la espiritualidad agustiniana* corre a cargo de P. Langa Aguilar. Que san Agustín supo envolver su vivencia de la fe cristiana en un marco de eclesialidad es una realidad indiscutible. Este aspecto aparece cubierto bajo el epígrafe «una intensa biografía eclesial», que ocupa el centro de su reflexión.

Este dato biográfico es precedido por unas reflexiones de carácter general y seguido por otras más concretas. Ya de entrada el autor deja bien claro que la espiritualidad agustiniana es genuinamente eclesial, porque de la eclesiología deriva y por su cauce fluye. Pero poniendo el énfasis necesario en que se trata de una eclesiología resueltamente católica, con una catolicidad no sólo de hecho, sino también de derecho divino, y de una eclesiología enriquecida con las aportaciones de otras Iglesias, además de la africana, como la romana y la milanesa. La reflexión concreta sobre esta espiritualidad eclesial la hace al hilo del texto del *sermón* 138,10 (referencia que no da): *Amate hanc ecclesiam, estote in tali ecclesia, estote talis ecclesia*. Amad esta Iglesia: la Iglesia madre, de la que Agustín se sentía hijo, en ámbito de fraternidad y diaconía. Permaneced en esta Iglesia: la católica –opuesta a la donatista– tal «como es ahora», es decir, con pecadores en su seno. Sed esta Iglesia: la Iglesia comunión, la Iglesia que celebra la Eucaristía, la Iglesia abierta al ecumenismo. Tres claves conclusivas ponen fin al artículo: la espiritualidad eclesiológica de san Agustín es interiorista, dinámica y misteriosa.

Lo primero que queremos señalar del artículo es la claridad metodológica: el lector no tiene temor alguno de perderse, porque el autor le marca continuamente el camino. Al mismo tiempo hay que poner de relieve la claridad expositiva. En tercer lugar que siempre tiene la mirada puesta en el presente eclesial; en concreto, en la doctrina del Vaticano II y en el magisterio de los últimos papas para mostrar que provienen de una veta agustiniana. Todo ello en el estilo florido, propio del autor, a veces cercano al panegírico.

El ser bíblica es un rasgo de toda espiritualidad cristiana, pero que tiene un relieve particular en la agustiniana. De este aspecto se ocupa T. F. Martin, que titula su colaboración: *San Agustín y la Biblia*. El autor se propone señalar varias dimensiones de lo que se puede llamar la espiritualidad de la Palabra. De hecho el desarrollo del tema no es sistemático, limitándose a presentar ocho como flashes que iluminan el tema. Dichos flashes son precedidos por una introducción que ubica el encuentro de san Agustín con la «Palabra de vida» en su pasado retórico y en su mundo cultural, caracterizado por el culto a la palabra. Cada uno de esos flashes lleva un epígrafe en latín y en español. Son los siguientes: Una palabra de gracia (*Verbum gratiae* [cf. *En. Ps.* 44,7]); Heriste mi corazón con tu palabra (*Percusisti cor meum uerbo tuo* [*Conf.* X,6,8]); Dame entendimiento (*Da mihi intellectum* (cf. *En. Ps.* 118,18,3]); Las Escrituras hacen a los cristianos (*Scripturae faciunt christianos*); La mesa de la Palabra (*mensa uerbi*); Una comunidad

de la Palabra (*communitas uerbi*); El camino de la Palabra (*Via uerbi*). No se discute que objetivamente todos los temas están relacionados entre sí, pero en la reflexión del autor aparecen considerados como independientes los unos de los otros.

Es cierto que en cuestión de gustos cada uno tiene los suyos, pero yo hubiera preferido un tratamiento sistemático del tema. La razón básica es que se podía ofrecer una visión más completa de algo de gran importancia objetiva tanto en el nivel cristiano como en el agustiniano. Al mismo tiempo considero que el desarrollo de cada uno de estos temas particulares podía dar más de sí. Por señalar algunos detalles, nos llama la atención el silencio sobre *Conf.* 9,2,3 a propósito de la herida del corazón por la palabra; nos sorprende que, en el contexto, entre los comentarios escriturísticos haya silenciado las *Homilías sobre la primera carta de San Juan*, a propósito de la Mesa de la palabra. Creo que se equivoca al interpretar, dentro del apartado «La mesa de la palabra», el comentario de san Agustín a *Prov* 23,1 como referido a la palabra de Dios y no al cuerpo eucarístico de Cristo (S. 332,2), y quizá también, en el contexto, el comentario al texto de *Lc* 14,16ss (S. 112).

El título *San Agustín y la Eucaristía: presencia de la Iglesia* recoge la participación de A. D. Fitzgerald. Constatando que la doctrina eucarística agustiniana ha sido tema muy debatido entre católicos y protestantes, el autor considera que, más oportuno que presentar alguna cuestión doctrinal sobre la Eucaristía, es preguntarse acerca de la fe eucarística de san Agustín. Luego considera la importancia dada al culto en el contexto social del santo, y concluye que él dejó su pensamiento sobre la Eucaristía en todo lo que escribió. A partir de ahí se propone localizar algunos de los numerosos indicadores, aunque puedan parecer más bien insignificantes, de esa fe y pensamiento que se encuentran en su obra. Entre ellos cuenta el texto de *Conf.* 10,42,67-43,70 sobre Cristo sacerdote; la comprensión que tuvo de quién llegó a ser Cristo para él, después de bautizado, con referencia al *Christus totus*, réplica del *Christus omnia* de san Ambrosio; cuanto dice sobre su madre, Mónica, en relación con la Eucaristía; la catequesis recibida del mismo san Ambrosio, pues, para ambos santos, el centro de atención se sitúa en la Iglesia que celebra la Eucaristía, no en la Eucaristía que la Iglesia celebra. En síntesis: su fe en la Eucaristía, moldeada por la experiencia de fe de su madre y por la predicación de Ambrosio, se fue transformando día a día en la discusión con donatistas y paganos que tenían otra visión del culto.



El contenido de esta colaboración manifiesta que fue escrita para otra circunstancia. De hecho su origen está en una conferencia en un congreso. Sin discutir ese contenido, me parece que el artículo desentona en la presente obra. Falta en él la visión de síntesis que se procura dar en los demás de los diversos aspectos de la espiritualidad agustiniana. El lector que no tenga otros conocimientos no se hará una idea de su riqueza o, si se la hace, será pobre.

El último artículo de esta sección se debe a la pluma de M. Mendoza Ríos y lleva por título *Presencia cristiana en el mundo*. El autor, que evita las discusiones ontológicas sobre la «cualidad del ser» o la «situación del estar-en-el-mundo», así como analizar la valencia del término bíblico «mundo» o asimilados, o hablar de una ascética renuncia al mundo, se propone tratar la espiritualidad evangélica vivida por Agustín, en su mundo, como una presencia encarnada del amor de Dios. El proyecto en que quiere acotar su propuesta interpretativa de este aspecto de la espiritualidad agustiniana lo halla en la *Carta 189,2-3.7*. Constatación inicial es la fragilidad de los hombres de este mundo que hace necesario un fundamento que, significativamente, está arriba y no abajo: Cristo sentado a la diestra del Padre. El planteamiento se ubica en la doctrina del *ordo amoris*. Un *ordo amoris* que comporta el primado del amor sobre el temor en la obediencia a las leyes cristianas, a diferencia de los paganos, sometidos a las obras de la superstición, y de los judíos, sometidos a las obras de la ley. En un ulterior apartado propugna «una presencia para el mundo», basada en el hecho de que la encarnación afecta, también soteriológicamente, a toda la creación, y en la naturaleza social del hombre, fundamento de todo tipo de sociedad política: Si la soberbia interfiere negativamente mediante la *libido dominandi*, la gracia de Cristo restablece el orden sin destruir la libertad. El último apartado está consagrado a la justicia y la paz, objetivo del actuar en el mundo.

La primera observación es que falta claridad; personalmente no estoy seguro de haber captado fielmente la lógica de su discurso. Referencias a lo que se propone no faltan, pero luego no se sigue bien el desarrollo. Como detalles, cabe señalar que una traducción equivocada del *Comentario a la primera carta de san Juan 10,3*, le lleva a una conclusión errónea; la interpretación a mi parecer no acertada que da el autor del «Ama y haz lo que quieras»; el repetido error de citar el Sermón 129 cuando debería citar el 169.

### III. ESPIRITUALIDAD Y VIDA

Los temas que configuran esta tercera parte son los siguientes: la interioridad, la comunión de vida, la solicitud pastoral, la conversión, la oración, los votos, la espiritualidad laical y la espiritualidad mendicante.

Abre, pues, la serie el tema de la interioridad, expuesto por F. Galende F. Antes de entrar de lleno en el asunto, invita a prestar más atención a lo que san Agustín nos diga que al modo de decirlo. La primera de las dos partes en que estructura su larga exposición versa sobre el significado de la interioridad. Después de señalar los antecedentes bíblicos y clásicos y de referir cómo la descubrió el santo a nivel de experiencia, traza el camino que lleva a ella y el proceso en que está integrada, combinando *La verdadera rel.* 39,72 y *Ciudad de Dios* 19,19. A continuación presenta los descubrimientos hechos en el curso de ese proceso: uno, la estructura interior del hombre con sus dos memorias: la sensible, adquirida, y la interior, espiritual, que dan razón del hombre exteriorizado y del hombre interior, cada uno con su dinamismo propio; otro, el encuentro con el Dios interior. En la segunda parte, ya más práctica, relaciona la interioridad con la experiencia de Dios, con las relaciones humanas, con la religiosidad, con el humanismo, con la educación, para concluir presentando a san Agustín como maestro de la interioridad y del amor.

El estudio está hecho con mucho entusiasmo, pero son muchos los puntos que no es fácil compartir. Señalo sólo algunas afirmaciones: la *palabra* interioridad es típicamente agustiniana (el vocabulario del santo carece de un sustantivo equivalente a ese término abstracto); su insistencia en el afán del Agustín joven de conocer la verdad sobre el mundo (un interés ajeno a él [cf. *Sol.* 2,1,1]); incluir repetidamente la herencia genética entre los contenidos de la memoria sensible (consecuencia de haber interpretado mal un texto del *Sermón* 112 A,2, al no advertir la referencia a la parábola del hijo pródigo); asignar a la misma memoria sensible, contenidos que pertenecen a la interior (cf. cita de *Conf.* 10,17,26 [p. 278]); una afirmación tan extraña al pensamiento de san Agustín como esta: «Son los hechos, acontecimientos y situaciones exteriores las que deciden la calidad interior de los seres humanos...» (p. 282); atribuir a la memoria adquirida que tenemos en común con los animales la *ratio inferior*, de donde se derivaría que los animales irracionales tienen también razón; poner las huellas de la Trinidad en las criaturas al mismo nivel que la imagen de Dios en el hombre (p. 286). Y, ya más en general: a pesar de que está tratando de la interioridad, se detiene excesivamente en el hombre exterior; a pesar de que la interioridad está al

servicio del encuentro con Dios pone demasiado énfasis en el descubrimiento de uno mismo y poco en el de Dios.

El siguiente tema es *La comunión de vida*, a cargo del Equipo de Animación continental, «Proyecto Hipona». El trabajo se configura en cuatro apartados más un anexo. El primero, el más largo, presenta la comunidad como lugar antropológico. Recalca la importancia del «desafío de lo humano» a la hora de plantear una espiritualidad que privilegia la comunidad, habida cuenta de que un déficit de formación humana está en la base de múltiples conflictos interpersonales y comunitarios. Luego presenta los rasgos que definen el nuevo humanismo promovido por el Vaticano II y los de una comunidad humanizada y humanizadora, junto con las etapas del crecimiento en la comunión. En el segundo apartado la comunidad aparece como lugar teológico o lugar de encuentro con Dios y de expresión y celebración de la fe en Jesucristo. El tercero ofrece la teología agustiniana de la comunidad –fundada básicamente en el salmo 132 y en Hech 4,32<sup>a</sup>–, así como sus dimensiones trinitaria, escatológica, cristológica, eclesial e histórico-local. El cuarto, a su vez, propone algunas exigencias teológicas de la comunidad agustiniana: la oración, la humildad y comunión de bienes. El anexo final recoge tres imágenes de la comunión de vida: el templo, el pan eucarístico y el coro o armonía.

También este trabajo tuvo su origen en otro contexto, pero encaja aquí sin dificultad. De él cabe destacar, positivamente, la claridad de ideas y de exposición y, negativamente, que se echa de menos una fundamentación más sólida de la comunidad desde la antropología agustiniana. Entrando ya en detalles, señalo dos afirmaciones que me parecen erróneas: una, afirmar que la verdadera imagen de la Trinidad no está en el ser humano aislado sino en el ser en comunión; otra, sostener que san Agustín comenzó a incluir el *in Deum* en el texto de Hch 4,32<sup>a</sup> hacia la misma época en que compuso el Comentario al Salmo 132. El hecho es que ya aparece en la Regla que, según las fechas admitidas, es anterior en algunos años al Comentario.

El turno llega a M. Schrama que reflexiona sobre *San Agustín, un hombre para los demás. La solicitud pastoral en san Agustín*. Entre los muchos puntos de vista desde los que se puede contemplar al santo de Hipona, el autor quiere examinar cómo, en su búsqueda de Dios, consagró toda su vida a los demás, en los diversos campos de su actividad, intentando descubrir las motivaciones de su actitud de escucha, de acogida y de diálogo, sostenida

por la oración y orientada por la Escritura. En ese marco considera la atención de Agustín a los pobres, que tenía su secreto en su convencimiento de que el hombre es un ser social que, sin los demás, no sería nada ni llegaría nunca a ser alguien. El epígrafe «actividad pastoral recíproca» introduce al lector en la capacidad de diálogo y de comunicación del pastor hiponense. Los otros aspectos considerados están reflejados en estos otros epígrafes: «Sé tú mismo un lugar para el Señor», «El interés de Cristo», «La necesidad de la sagrada Escritura», «La sagrada Escritura superior a la gestión», «Libro y espejo», «Agustín y el ejercicio de la autoridad» y «La seguridad de los amigos». Entre sus fuentes de información ocupa un lugar preponderante la *Vida de san Agustín* escrita por san Posidio y la *Regla* monástica.

El artículo no me deja satisfecho. Esperaba un estudio menos biográfico y más teológico-pastoral y sistemático. Por otra parte, si hay una lógica en la sucesión de los temas examinados, no siempre he conseguido captarla. Además, bastantes de sus páginas se limitan a una serie de textos del santo con una introducción. Uno se sorprende de la poca importancia que, hablando de la solicitud pastoral del obispo de Hipona, se asigna a los *Sermones* 46 y 47 (apenas una cita del primero). Ya a otro nivel, repetidamente y en distintas páginas, referencias al *Sermón* 339, se presentan como referencias al *Sermón* 2.

El artículo siguiente lleva la firma de M. A. Keller y por título *La conversión y las conversiones de san Agustín*. La noción de conversión, la llamada evangélica a la conversión y la presentación de la conversión de san Agustín como recuperación de la fe católica y como un proceso son las ideas que abren sus páginas. Luego expone cuatro momentos fundamentales de la experiencia de conversión del santo: la conversión de la mente, la del corazón, la conversión eclesial, la conversión continua. Por último, «a modo de conclusión», tras señalar que la espiritualidad agustiniana es esencialmente teocéntrica y por eso mismo cristocéntrica, de la que es inseparable una espiritualidad eclesial, resume en siete puntos lo que hoy diría san Agustín a quienes analizan su experiencia de conversión. Son estos: La importancia de un corazón inquieto, La necesidad de la conversión, La escucha de la palabra, El fundamento de la humildad, La aceptación de las mediaciones humanas, La dimensión socio-eclesial de la conversión, y La centralidad de la gracia.

Parece obvio que el tema de la conversión ha de entrar en todo estudio de la espiritualidad agustiniana. Pero no considero acertado dedicar las más de las páginas a referir las distintas etapas de la conversión del santo. La

enseñanza doctrina agustiniana sobre la conversión es riquísima, entre otras razones porque se puede desarrollar desde diversos ámbitos: el histórico, el filosófico, el teológico, el moral. Ahora bien, el primero, el histórico es sin duda el más conocido porque es el que indefectiblemente se repite una y otra vez; en cambio, los demás siguen quedando en la penumbra. Los siete puntos señalados por el autor al final del artículo tienen cabida, sin duda, en una reflexión sobre la conversión, pero al menos varios de ellos requerirían un marco más específico.

San Agustín fue un gran orante y un gran maestro de la oración. Por ello, la oración es elemento esencial de la espiritualidad agustiniana como, antes, de la cristiana. Al respecto, B. Lowery ofrece algunas *Reflexiones sobre algunas oraciones “espontáneas” en las Confesiones de san Agustín*. En el comienzo el autor muestra la originalidad de las Confesiones en cuanto libro dirigido a Dios, sin destinatario humano; luego señala su naturaleza dialógica: primero Agustín habla a Dios y luego Dios habla a Agustín, y pondera la ubicación estratégica –a menudo al comienzo o al final de los libros– de las oraciones que va a tomar en consideración. En efecto, el artículo lo componen 26 de ellas, extraídas de los diez primeros libros de la obra, según su orden de sucesión. El autor las acompaña de un comentario, haciendo ver qué se puede sacar de ellas para nuestra oración.

Las *Confesiones* son, efectivamente, una obra de oración y a partir de ella se puede elaborar una espiritualidad de la oración, obviamente agustiniana. Incluso se podría hacer, limitándose uno a determinadas oraciones. Aun en su concreción permitirían llegar a una visión global, que es lo que echamos en falta aquí. Los textos elegidos, quizá demasiados, se cuentan, sin duda, entre los más significativos, pero no siempre tienen la «forma» de oración, pues o son simples constataciones, o el interlocutor es otro distinto de Dios. Es el caso, por citar sólo un par de ejemplos, cuando el santo se dirige al alma (*Conf.* 4,11,16), o cuando se dirige al lector (*Conf.* 4,12,18). Además, a mi entender, de una parte no siempre acierta en el corte; de otra, su reflexión es también demasiado «espontánea», es decir, lo que puede encontrar cualquier lector del texto, sin ser estudioso del mismo. Este suele tener bastante más riqueza de la que ofrece el comentario, aun admitiendo la exigencia de brevedad.

La exposición de *Los votos en la espiritualidad de san Agustín* corre a cargo de G. Ceriotti. El autor comienza con unas consideraciones de carácter general sobre la espiritualidad cristiana, a las que sigue una breve expo-

sición del concepto de voto propio del santo obispo. A continuación se detiene en cada uno de ellos, según el orden consagrado por el Decreto *Perfectae caritatis*: castidad, pobreza y obediencia. Dedicar un apartado a cada uno de ellos, sin ulteriores subdivisiones.

En cuanto a la exposición, es diáfana; en cuanto a los contenidos, el lector encontrará la doctrina básica del santo sobre los votos, en el planteamiento habitual. En cuanto a la estructura, echo de menos un apartado final dedicado específicamente al cumplimiento del voto, que dejase buena constancia de cuánto aborrece el santo el incumplimiento del voto libremente emitido. No falta la idea, pero juzgo que no tiene suficiente relieve. En cuanto a la consideración sobre el voto de obediencia, de un lado, da la impresión de que se pierde dentro de la obediencia general a Dios o a la Iglesia, sin lograr una especificidad propia; de otro, me parece que no mantiene el necesario equilibrio entre autoridad y obediencia o, con otras palabras, entre los deberes del prior que ha de mandar y los de los demás hermanos que han de obedecer, al insistir en estos mucho más que en aquellos. Como detalle concreto, en la cita de *Carta 48,2* el autor refiere al Prior monástico lo que el santo refiere a Dios.

En la estructura de la Orden de san Agustín entran también las Fraternidades Seculares; en consecuencia, no podía faltar la reflexión sobre la dimensión laical de la espiritualidad agustiniana. Es reflexión que hace S. Insunza en *Espiritualidad agustiniana y vida laical*. En la página introductoria señala cómo la espiritualidad agustiniana ha estado demasiado marcada por el sello monacal, sin que ello haya obstado a que también los laicos la hayan compartido, exigencia hoy mucho más sentida desde la eclesiología del Vat. II. El estudio se estructura en tres partes. En la primera («Espiritualidad agustiniana y espiritualidad laical»), señala de entrada cómo la condición laical tiene sus rasgos propios, aunque la vocación y misión de los bautizados es idéntica para todos. Al respecto, se detiene en dos perspectivas que se complementan: ver a Dios desde el hombre (sus caminos son la interioridad, la búsqueda de Dios y el amor) y ver al hombre desde Dios (en el marco de la conversión y de la oración, iniciativa de Dios). La Biblia, como fuente de la espiritualidad, el primado de Jesucristo y el Cristo total como fundamento de la paz, la unidad y la solidaridad, son notas no exclusivas de la espiritualidad agustiniana, pero le otorgan un perfil con acentos propios. De ellas se ocupa en la segunda parte. En la tercera parte el autor reflexiona en general sobre la caridad como alma de la espiritualidad, y en particular sobre el sentido eclesial de la espiritualidad agustiniana; la justi-

cia, la paz y la solidaridad, como signos del reino de Dios; el diálogo con la creación y con el mundo; la espiritualidad al servicio de la evangelización, y como colofón, una espiritualidad compartida por religiosos y laicos.

La sistematización de la perspectiva laical de la espiritualidad agustiniana necesita todavía bastante reflexión, pero no cabe duda que el autor ha logrado una síntesis bien armonizada. Todos los grandes temas de la espiritualidad agustiniana han encontrado fácil acomodo desde esta perspectiva, que no es la que estamos habituados a leer.

La espiritualidad de la Orden de san Agustín bebe en las fuentes agustinianas, como han mostrado los artículos precedentes: pero, por su origen como Orden, se abreva también en la espiritualidad mendicante. De ella se ocupa L. Marín de San Martín en el artículo *La espiritualidad mendicante y la Orden de San Agustín*. Desarrolla el tema en cuatro apartados. En el primero se ocupa del origen de la Orden –a propósito del cual reclama que se deje hablar a la historia, sin ideas preconcebidas– y de la vida consagrada en la baja edad media. El segundo, breve, lo dedica a ambientar social y eclesialmente la aparición de los mendicantes. En el tercero, más amplio, presenta sus características espirituales, en general y específicamente con relación a los agustinos. A saber: el seguimiento de Cristo pobre, en cuyo contexto se coloca la mendicidad; la vida fraterna, que conlleva una nueva terminología (hermanos –*fratres*, frailes– en vez de señores –*domini*–; conventos, en vez de monasterios), y una nueva organización del gobierno (ahora centralizado y en un marco de exención); la actividad apostólica (reproducción de la *vita apostolica* en su doble concepción, y asociada a la itinerancia y la predicación, que conllevaba la exigencia del estudio; sin olvidar la defensa de la Sede Apostólica. En el último apartado, ya como conclusión, recuerda el empuje renovador que aportaron las Órdenes Mendicantes a la Iglesia y estimula la fidelidad de la Orden a su doble fuente, la agustiniana y la mendicante, como garantía de similar empuje renovador para ella en el presente.

Este momento de la historia de la Orden y este aspecto de su espiritualidad es menos conocido –así creo– que su vinculación con san Agustín. De ahí el sumo interés de este artículo. Interés que resulta acrecentado por la exposición límpida que ha hecho su autor.

#### IV. VALORACIÓN DE CONJUNTO

Sobre decir que a esta iniciativa no cabe sino darle la bienvenida. Pone en manos de los religiosos agustinos una obra, a la vez de conjunto y de síntesis, sobre la espiritualidad agustiniana. Facilitar esas síntesis es facilitar el conocimiento y la apropiación personal de la misma. No todos tienen a su disposición una biblioteca que les facilite la lectura de publicaciones sobre la espiritualidad agustiniana. Y –por diversas razones– a los que la tienen no siempre les resulta fácil hacer uso de ella. ¿Que la obra no es perfecta? Nada humano lo es.

El título nos parece más atinado que el subtítulo. En efecto, en ninguna de las acepciones del término «nota» que ofrece el diccionario de la Real Academia de la Lengua me parece que se ajuste al contenido del volumen. En todo caso, la «nota» se asocia espontáneamente con algo corto, lo que obviamente no cuadra con un volumen de 442 páginas, ni con artículos cuya media supera las 25 páginas.

La distribución de los artículos en tres secciones (visión global, algunos temas centrales, y espiritualidad y vida) la juzgo acertada. No obstante, si en la segunda se hubiese suprimido el indefinido *algunos*, creo que no se hubiera perdido nada. Asimismo considero que el tema de San Agustín y la Biblia no está bien ubicado; hubiese encontrado mejor acomodo o bien al comienzo, después de la búsqueda de Dios, o bien como colofón a la sección porque la Biblia de algún modo afecta a todos los otros temas; además tendría la ventaja de no separar la consideración de la espiritualidad eclesial de la consideración de la espiritualidad eucarística. Respecto a la tercera sección y aun siendo consciente de que no se puede tratar todo lo que cabe dentro de la espiritualidad agustiniana, so pena de hacer el volumen inmanejable, considero que había que haberle reservado un espacio al tema del estudio.

A nivel de presentación, y comenzando por lo más visible, encuentro que tanto el tipo de letra negrita o las palabras en mayúscula, dentro del texto, salvo en los epígrafes, lo afean. Hay otras formas de resaltar la importancia de los conceptos o de las palabras. Por otra parte representa, sin duda, un acierto la molestia que se han tomado los editores de unificar la forma de citar las obras del santo. Y lo es también el haberlas puesto en sus siglas latinas, habiendo presentado al comienzo el listado de las siglas con la obra a que corresponden. Mas, pensando en el lector, por lo general horro de latín, hubiese sido útil añadir –para la edición en español– el título de las obras en español, con la indicación adjunta del volumen de las Obras



Completas de san Agustín en que se encuentran. Pero lamentablemente la unificación no ha sido plena. Un ejemplo lo tenemos a propósito del uso de los números romanos. Aunque habitualmente se reservan para indicar los «libros», se aplica también a los capítulos de la Regla y no siempre. Es más, respecto de esta obra hay también divergencias en la forma de numerar los párrafos de sus distintos capítulos: en unos casos se utiliza la numeración continua; en otros, comienza con cada capítulo. Otro ejemplo de falta de uniformidad se da cuando una cita tiene capítulos y párrafos. Incluso dentro de un mismo artículo, unas veces se indica capítulo y párrafo, otras sólo el capítulo y otras sólo el párrafo. En algún caso concreto falta el asterisco del número de la carta, esencial para su identificación (cf. pág. 253: no es Carta 2, sino 2\*).

Siempre con referencia a la presentación, el lector agradecería que el texto de cada artículo llevase su título en el encabezamiento. Al carecer de él, la búsqueda de los artículos se hace más dificultosa.

De la traducción podríamos juzgar mejor si dispusiéramos de los textos en su lengua original. Pero hay errores que saltan a la vista. Pongo por ejemplo el artículo *Agustín y la Biblia*. El traductor denota falta de conocimiento suficiente del tema y de la lengua. Lo primero lo atestigua al traducir «el jardín del monasterio» en vez de «el monasterio del huerto» (p. 231), error que difícilmente cometería el autor del artículo; lo segundo lo atestigua la expresión «un amante de la palabra y un *estudiante* de la santa verdad», o esta otra: «amistad *dividida* por la tierra, pero no ... por el corazón» (p. 235). Igualmente me resulta ininteligible esta expresión: «Hay más referencias a las Escrituras que palabras familiares y narrativas reconocibles» (p. 225), etc. Ciertamente en algunos artículos la traducción corre muy fluida, en otros no tanto. Quizá no siempre sea achacable al traductor y tenga que ver con ello la claridad propia del artículo.

P. DE LUIS  
*Estudio Teológico Agustiniانو*  
Valladolid